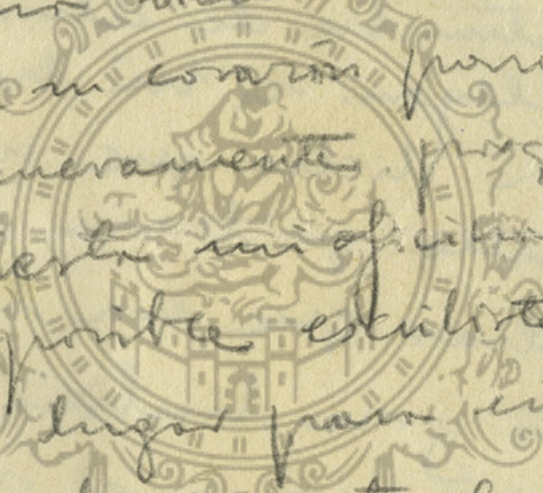


mi inolvidable y entrañable profesora: Hoy
 volado ya estoy en Madrid desde las ocho de
 la mañana, y a las doce he tenido la
 alegría infinita de recibir carta de tu ma-
 no que tanto querraces me ha dado estos
 días que hemos pasado juntos. Antes de
 acostarme a descansar de mi viaje, que
 he sido muy pesado por la gente que venía
 en el tren, te contesto para que mañana
 domingo tengas en tu poder carta de
 quien cada día tiene una hoja más
 de escrito en un común para ti. Re escri-
 bo a tu hijo reverentemente porque esta tarde
 no está abierta mi oficina y en mi ca-
 ra me es imposible escribirte. He busca-
 do, pues, un lugar para estas pocas escri-
 bendote y lo he encontrado. Cari denudo,
 en un campo que hay cerca de mi casa,
 te escribo sentado sobre la tierra, profes-
 nica una de mi alma. Tengo a mi lado
 tu larga y amorosa carta, que no dejo
 de leer y contemplar, y tengo tus fotogra-
 fías, aquellas fotografías que yo te hice
 año y medio atrás, y tengo el primer pi-

Madrid 1936



todo de la vora que este domingo pasado
llevaste tú en el tronco de tu pecho. He le-
ído un millón de veces todas estas cosas
que me mandas y si no fuera porque no
quiero que se borren, leería con toda
mi boca y mi corazón cada letra de la
esta tuya, triste y alegre a un mis-
mo tiempo. La carta que mandaste
a mi casa de Orizuela la tomé mi
padre de las manos del cartero y como
él tiene costumbre de abrir todos las
cartas que llegan, si mi hermana ~~no~~
no le hubiera dicho que no la abriera
porque el reloj que traía de Elda le
hubiera rospedado que era tuya, la hu-
biera abierto y me hubiera enterado de
todas nuestras cosas, el muy curioso.
Ya sabes que a otra vez cuando me escri-
bas a Orizuela tienes que poner mi segun-
do apellido y así se evitará que mi
padre meta las narices donde no le im-
porta. Hubiera querido escribirte ayer,
pero ya te imaginarás las cosas que ten-
dría que hacer por ser el último día
que pasaba en Orizuela. No te creerás

nunca lo que te estoy echando de menos
desde que te has ido. Ahora se me anto-
ja que lo que estar fuera del mundo
en que hemos vivido tan a gusto eres
tú. Si, guapa de mis entretelas: Com-
prendo cuánto sentirás encontrarte en
ese maldito pueblo valenciano, donde
seguramente se hablará otra cosa que
el castellano. Cuando te vea, que será
muy pronto, si Dios no lo remedia, sé
que no te voy a entender cuando me
hables y sé que me vas a llamar
fil de put el día que te enfades
conmigo. Ven esperansa en mi, corrón
de rosa; no te deshojes inutilmente
y a volar. No quiero que te pongas
fea riñendo. Confíate a mí y no
te hagas vieja llorando como una
drizilla mayorcita, nena. Me dices
que quieres estar en Elda más por mí
que por nada; no quiero que me digas
eso, ni me lo digas por desconfianza. Ya
verán como volverán los días felices. Más
todavía que los que acabamos de vivir. Pro-

millones de veces y doscientos millones
más, me he tenido que venir sin tus
fotografías porque no las han revela-
do aún. Me han prometido enviarme
las inmediatamente y creo que para
un día de esta semana que viene
ya las tendré en mi poder. No sé
los que habrán buenas, pero me su-
pongo que van a ser muy pocas por
culpa del rol. A la media hora de
verte tu estado raro el celo por compli-
te y yo llamado a ~~abrazar~~ a Dios, di-
go, al rol, por no haber salido antes.
; Que poco cortés ha sido contigo el
pedido rol. Si yo hubiera sido el
habría roto a manotaras las nubes
para ofrecerte mis más hermosos
ojos. A mi me han hecho tres
fotografías en el cementerio y una
en la nieve al día siguiente de
verte tú. En cuanto las tenga en mi
poder te mandaré lo que crea me-



por. En una de ellas voy a volver echado
junto a una sepultura, como si
me fueran a enterrar ya. Si te pa-
rece, te mandaré esa, aunque no
creo que a ti te agrade mucho, ¡ver-
dad, el dera mía? Ya me tienes otra
vez como antes; en este Madrid don-
de hay tanto escándalo entre mu-
jeres, como tú dices, dispuesto a no
escucharlo por muy fuerte que sea. Voy
a volver a mi oficina y a tus cartas, como
si no hubiera pasado nada. No quie-
ro yo, pero han pasado tantas cosas
entre nosotros en los pocos días que nos
hemos juntado que tengo una gran
amargura dentro de mí viéndome otra
vez solo y solo como un árbol sin ho-
jas. Me faltas tú siempre y no he
de parar de angustiarme y mordeme
lo punto de rabia y pena hasta
estas cosas. Si te luce tanta gracia
lo que te decía en mi carta anterior
ya saber tú por lo que es: porque es verdad
lo que te decía. Dime tú algo que me

haga ver también, además de te quiero.
No quiero que te duelan los ojos ni las
narices ni nada. Consuelate cuanto an-
tes, venica adorado, pensando en que
no veremos otra vez pronto y en que no
te olvidaré nunca. Hasta amigo de
alguna chica de ahí, ya que no tienes
a nadie ni a mamá ni papá. Cuenta-
me si vas a ir a algún taller a coser,
si has salido ya a ver el pueblo, si
es como Orizuela de grande, si es más
alegre o más feo. Como nuestro pueblo
no habrá otro en el mundo para ti
y para mí, porque en el mundo don-
de hemos empezado a gobernar y
no hemos querido. Veo que si que estás
decidida a venir a Orizuela este verano
y esto me alegra mucho. Con que ven-
gas a Cox solamente me conformo. Podría
ir todos los días a verte desde Orizuela
y estaríamos juntos más tiempo. Si
quieres, venica buena, que puedo ir
a Elda, pero no por muchos días,
a no ser que me caiga alguna canti-

grande de dinero por la chimenea. No
quiero escribirte más, porque aunque
tú me dices que te escriba una carta
tan larga que llegue a hartarte, yo,
como soy muy inteligente, no quiero
que te harten nunca de mis cartas y
prefiero dejarte con la miel en los
labios. Unicamente por no ser menos
que tú te escribo dos pliegos y no los
lleno de te quiero porque tú sabes
muy bien que no necesito decirte para
quererte. Ah, también una noticia, me
ha sorprendido mucho saber que lle-
vaste cuando te alojabas en el tren y
me perdías de vista y tú que me
habías dicho una vez que no llora-
bas con nunca. Esto tú tan segura de
mi querer como yo del tuyo. No
tendrás que Madrid ni nadie de Ma-
drid me coma y te deje sin mi
y espera serenamente la hora que
tú de venir para los dos de feli-
cidad. No te despreres tan inútil-
mente y come mucho para tener fuerza
suficiente para darme un gran abrazo
el día que te lo vida. Te lo doy yo ahora, luego
mi amor



MH_CR_0007

(envia: Miguel Hernández
Vallehermoso, 96
Madrid)



352

[Handwritten flourish]

[Blue ink scribble]